

# Querido Diario:

Anilú Elías

**N**os encontramos en un tianguis (en un 'bazar' diría la canción de moda). Iba la amiga de mi hija con su mamá y yo con mi compañero. La chica —que es muy simpática— comentó que me había visto en un programa de televisión. La mamá se interesó por el tema que se había tratado ("Mujeres Golpeadas") y conversamos unos cinco minutos. ¡Nunca lo hubiera hecho! Cuando mi hija se enteró se empanteró. ¿Cómo era posible que yo hablara de mis subversivas actividades ante su amiga y, peor aún, delante de la mamá de su amiga? Yo no tenía en cuenta lo que eso le iba a causar. . .

Si no fuera porque ha sucedido antes, tal vez me habría afectado; lo que pasa es que ya estoy acostumbrada. Su papá tuvo varios años un programa en Canal 11 y eso era un motivo de orgullo para mis dos hijos. Mis apariciones en televisión (ni regulares ni frecuentes) eran —y siguen siendo— un motivo de vergüenza para mis hijos. Y no sólo por el contenido: hace cuatro o cinco años no tenían edad para juzgar ni el contenido económico de las pláticas televisivas de su padre, ni el contenido feminista de las mías. Simplemente porque las mamás no se dedican a salir en televisión y, mucho menos, a exponer ideas raras.

A veces me consuelo pensando en lo que habrán dicho los hijos de George Eliot, la gran escritora inglesa del siglo XIX que escribía bajo seudónimo. Y tal vez lo hacía para que sus hijos no supieran que quien realmente había escrito tal o cual novela era su madre. No que yo me sienta una George Eliot en capacidad o talento (¡brincos diera!), pero creo que sí compartimos la actitud crítica de los hijos ante una madre que decide hacer otra cosa que las labores "propias de su sexo". Es evidente que aparecer en televisión no podía haber estado previsto en la Biblia (por el simple hecho de que faltaban años luz para que la inventaran) para prohibírsele a las mujeres, sin embargo es claro

para muchos que no es algo conveniente, bien visto y adecuado para una madre decente.

Lamento que no haya literatura sobre el tema de parte de las feministas contemporáneas de mayor reconocimiento, sobre todo, de las que tienen hijos. Simone de Beauvoir no comenta el caso específico, ni tampoco Betty Friedan. Me gustaría ver la cara que pusieron los hijos de Margaret Thatcher cuando la eligieron Primera Ministra de Inglaterra, y no que ella sea un ejemplo digno de seguirse, sólo que quisiera ver si se resignaron pensando en los privilegios que obtendrían con el cargo de su madre o auténticamente se sintieron orgullosos de su carrera. Como sé que "una golondrina no hace verano" no quiero dejar mi caso como ejemplo único. Conozco varias instancias de amigas y compañeras feministas que iban a manifestaciones a pesar de la desaprobación de sus hijos; sé de conocidas autoras —tanto mexicanas como extranjeras— que no son admiradas por sus hijos; recuerdo el caso de Jackie Ceballos —por aquel entonces Presidenta de N.O.W. el poderoso grupo feminista norteamericano— a quien su hija le pidió que en su escuela no mencionara su importante cargo.

Tal vez haya admiración de hijos e hijas a madres que triunfan en el cine o en la televisión como artistas; seguramente hay también madres famosas que cuentan con el apoyo de su familia, pero pesa más el recuerdo de libros de denuncia a madres famosas (aquél de la hija de Joan Crawford) que los testimonios de admiración.

Los frenos para detener a una mujer en su casa han sido múltiples y mil veces una mujer ha dejado de realizarse en actividades fuera del hogar por no agraviar a los padres, a los hijos, al marido e incluso a extraños. Como soy optimista, espero que pronto estén lejanos los tiempos en que una madre le diga a su hija: "¡Dios mío, qué va a pensar el velador!" porque ésta llegue tarde de una reunión feminista. A una querida compañera le ocurrió no hace muchos años, pero esperamos que pronto sea historia antigua. 